STAR WARS

EL FIN DEL EMPERADOR

BRENDON J. WAHLBERG

El Emperador finalmente ha muerto, pero ¿qué le espera en el más allá de la Fuerza?

STAR WARS

Emperador oscuro 6

El fin del Emperador

Brendon J. Wahlberg

LEYENDAS

Esta historia de fan-fiction toma elementos de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Star Wars: Emperor's End*
Autor: Brendon J. Wahlberg
Publicado originalmente en TheForce.net
Publicación del original: 1997

aproximadamente 11 años después de la batalla de Yavin

Esta historia es fan fiction, no forma parte oficial de la continuidad

Traducción: El Buho (para loresdelsith.net)
Revisión: (sin revisar)
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 0.9
09.03.18
Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

EPISODIO VI
EL FIN DEL EMPERADOR

El Imperio de la Oscuridad yace en ruinas, y el Emperador ha muerto. Palpatine se encuentra a sí mismo atrapado en una especie de "reino después de la muerte", perteneciente al Lado Iluminado; incapaz de regresar a uno de sus clones.

Sin saberlo, Palpatine es esperado por la Legión Jedi. Esas víctimas de la Purga del Emperador tienen ahora el poder de decidir sobre el destino de su más grande enemigo.

El caído Emperador solo tiene oportunidad de sobrevivir si se coloca en las manos del hombre que en vida fue su sirviente, Lord Vader.

Palpatine encontraba difícil recordar con claridad los acontecimientos que habían precedido a su muerte física. Su falta de cordura había sido la responsable por esta falla. Inmisericorde, él respetaba su cordura, mientras su conciencia le mostraba el mundo vacío y lleno de una niebla gris-rojiza en el que se encontraba. Él sabía que era crucial recordar. Si no entendía cómo había llegado aquí, Palpatine no tendría esperanza alguna de descubrir el camino de regreso a la vida, a su vida. Sí, regresar a la vida… es lo que más deseaba en estos momentos. Otra oportunidad para completar su Imperio de la Oscuridad y vengarse de Luke Skywalker y su hermana Leia.

Su memoria nunca antes había sido un problema para él. Anteriormente, lo que no podía recordar por sus propios medios, era recordado con un simple ejercicio usando la Fuerza. Pero ahora… eso estaba negado para él. Esa cosa que lo identificó más que cualquier otra —su maestría en el Lado Oscuro de la Fuerza— se había ido. Todavía no se recobraba del shock de encontrarse a sí mismo incapaz de sentir o usar la Fuerza. La Fuerza había estado con él desde la infancia. Era imposible que se pudiera haber ido, pero así fue. Palpatine se encontraba sin ningún poder, solo, frágil e indefenso. Eso lo atormentaba. Pero él, como Emperador, se rehusaba a verse a sí mismo abandonado. Todavía conservaba su fuerte voluntad, y estaba determinado a entender su situación. Si la Fuerza no lo ayudaba a recordar lo que le había pasado, se vería en la necesidad de recurrir a técnicas más primitivas que él conocía. Rígidamente, colocó su senil cuerpo sobre las grises arenas del desierto en el que se encontraba. Asumiendo una postura de meditación, aclaró su mente y se concentró.

Lo primero que le vino a la mente fue… un niño. Él necesitaba de ese niño. Lo necesitaba para poder salvarse. El nombre de ese niño era… Anakin. No, eso lo confundía. Anakin había sido el nombre de Vader antes de pasar al Lado Oscuro. Palpatine maldijo impotentemente. Frustrado, él sabía que en la meditación, las emociones eran la causante de tales disturbios. Si la Fuerza había estado con él una vez, meditando con ira funcionaría… pero no aquí. Él simplemente tendría que empezar desde el principio en su

mente, y trabajar lo mejor que pudiera, paso a paso.

Su último y perfectamente lúcido recuerdo fue su derrota a bordo del Eclipse a manos de los Skywalker. Tan solo recordar el nombre de Luke Skywalker producía un escalofrío de odio en todo su decrépito cuerpo. Ese hombre lo había destruido todo. No había un castigo imaginable que fuera suficiente para él. Los planes para la creación del Imperio de la Oscuridad llegaron justo en el mismo momento en el que Luke había entrado en escena. Seis años después de su derrota en Endor, Palpatine había estado ya preparado en Byss, con su clamada maestría en el Lado Oscuro, el Eclipse, y sus Devastadores de Mundos. Entonces había mandado una especial Tormenta de Fuerza para atrapar a Luke Skywalker, su viejo enemigo. Sate Pestage había aconsejado a su Maestro de que Luke podría ser convertido en un aliado, consejo que sería ampliamente meditado por Palpatine. En fin, Palpatine había basado su decisión en dos cosas: Su ambición por desaparecer el símbolo de esperanza que había en la creación de la Nueva República; y el ya no tener a un sirviente como Darth Vader. Años atrás, Palpatine había experimentado una visión de Luke Skywalker arrodillándose voluntariamente ante él. Cuando Luke llegó a Byss, dicha visión se transformó en realidad. Luke admitió su plan de derrotar al Lado Oscuro desde adentro, pero Palpatine sabía que esto no sucedería.

De cualquier forma, Luke se había arrodillado y había dicho: «El destino de mi padre será ahora mi destino…» Pero las palabras «el destino de mi padre» tenían más de un significado. Podrían significar servicio al Lado Oscuro, sí, pero también podrían significar traición y el asesinato del Emperador, con la ayuda de su pariente de sangre. Luke había personalmente invadido el laboratorio de clonación y había destruido con su sable de luz todos los clones de Palpatine. También había ayudado a su hermana a escapar de Byss con un Holocron que ella había robado de la cámara secreta del Emperador. Vader nunca se había revelado, hasta el final. El rabioso Emperador había forzado a Luke a someterse. Palpatine y un Luke completamente dominado iban juntos en el Eclipse tras Leia Organa, para recuperar el Holocron, y reclamar el hijo de Leia que estaba por nacer.

Sí… ese niño… Ese niño tenía algo que ver con respecto al por qué estaba él en ese desierto. Él lo sabía. Él necesitaba de un niño…

un nuevo cuerpo. Sí, eso era. Los clones habían sido siempre una solución imperfecta a su problema de mortalidad. Como meras copias de sí mismo que eran, estaban un paso atrás retiradas de las energías protectoras de la Fuerza; además sufrían de un acelerado nivel de decadencia la hora de utilizar los poderes del Lado Oscuro. Durante mucho tiempo había buscado otra solución. Resumiendo, él se había convencido de que podía fabricar un cuerpo de pura energía del Lado Oscuro, pero esa idea nunca se había concretado. Finalmente, después de conocer acerca del hijo de Leia, Palpatine se imaginaba a sí mismo criándolo dentro del Lado Oscuro y enseñándole su poder, haciendo de ese niño una extensión de su propia voluntad. A la edad apropiada, desplazaría su esencia dentro del muchacho y se apoderaría del cuerpo. Pero abordo del Eclipse Leia se las había arreglado para resistirse al Emperador, además de retornar a su hermano al Lado Iluminado. Juntos habían hecho a Palpatine perder el control sobre su Tormenta de Fuerza. La energías caóticas habían devorado su gran nave insignia. Palpatine finalmente había encarado la muerte, incapaz de escapar de su propia creación. Era un doloroso recuerdo, pero al fin estaba claro.

La habilidad de Palpatine de sobrevivir a la muerte se basaba en la transferencia de su esencia de vida a uno de sus clones. Pero esa habilidad estaba limitada por la distancia entre él y su clon. Idealmente, el podía iniciar la transferencia por sí mismo, dentro de su ciudadela en Byss cerca de su laboratorio de clonación. Esto habría limitado su exposición al terrible caos que aguarda por los poderosos sirvientes del Lado Oscuro después de su muerte. Pero cuando el Eclipse fue destruido con Palpatine abordo, los clones del Emperador estaban a media galaxia de distancia, en Byss. El peligroso viaje de su esencia lo hacían pender de un hilo hacia su destrucción.

Una vez estuvo en dicha situación, cuando la Estrella de la Muerte explotó sobre Endor. En ese entonces Palpatine sobrevivió a tal explosión conectándose y transfiriendo su esencia de vida a la mente de Mara Jade. Dicha experiencia había disminuido sus poderes colocándolo en un camino a recorrer que tomaría años, pero el desesperado plan había funcionado. Sate Pestage había llevado a Mara Jade a Byss. Una vez cerca de sus clones, el Emperador abandonó la mente de Mara Jade para renacer en una

de sus copias.

El pensar en Mara Jade y Sate Pestage distraía emocionalmente a Palpatine de sus ahora organizados recuerdos. Descubrió que cada vez que pensaba en Pestage, había un sentimiento de angustia. Cuatro años atrás, el viejo Pestage había muerto victima de un atentado encabezado por varios adeptos del Lado Oscuro. Pestage era la única persona a la que Palpatine había permitido estar cerca de él. Era razonablemente cierto que Pestage había sido el padre biológico del muchacho Espaa, quién se convertiría en Palpatine. Fue solo hasta después de la muerte de Pestage que Palpatine descubrió que ese hombre tenía un significado personal para él. La pérdida de Pestage había abierto a Palpatine un nuevo mundo de ira y liberación del poder de la Tormenta de Fuerza. Había cierta ironía en el hecho de que dicha Tormenta asesinó a Palpatine sobre la Luna Pinnacle. Pestage siempre procuró mantener a su hijo vivo, y había muerto luchando contra el adepto Urn Zelotes, quién quería al hijo de Pestage muerto. Palpatine suspiró. Angustiarse era inútil. Pestage se había ido para siempre. Aún y cuando el viejo hombre fue clonado, el reemplazo nunca dejaría satisfecho al Emperador. No era lo mismo… era solo un cascarón vacío. Pestage era totalmente insensible a la Fuerza, por lo que no había forma de preservar su esencia de vida de la forma en que lo había hecho su Maestro.

También estaba Mara Jade, la Mano del Emperador. Con la misma fuerza con la que Palpatine deseaba que Pestage estuviera vivo, deseaba también la muerte de Mara Jade. Él le había dado la misión de asesinar a Luke Skywalker. Si ella hubiese seguido sus ordenes, Palpatine no estuviera ahora en esta situación. Mara Jade no solo había fallado sino que además se había unido a los Rebeldes.

Una vez reencarnado el Emperador, este le había seguido la pista a Mara Jade desde Byss donde Palpatine incrementaba sus poderes del Lado Oscuro y reconstruía sus fuerzas militares. Después de años de vivir alejada de la Sociedad Galáctica, Mara Jade finalmente encontró a Luke durante el regreso del Gran Almirante Thrawn. Ella debió haber asesinado a Luke entonces, pero Skywalker una vez más transformó a un enemigo en un aliado. Al final, Mara Jade había ayudado a Luke a derrotar a Thrawn y a

C'Baoth. Palpatine no tomó como traición al Imperio cuando Mara Jade se reveló contra Thrawn. Después de todo Palpatine era el Imperio, y nunca hubiese permitido que Thrawn fuera su sucesor. El Gran Almirante era solo una distracción para los Rebeldes mientras el Emperador reunía fuerzas más allá de las que Thrawn hubiese llegado a tener. Pero Mara Jade falló su intento de asesinar Skywalker… eso era una traición. La orden de asesinar al maldito Jedi había sido una orden directa. Nadie desobedecía una orden directa del Emperador y vivía. Palpatine quería a Mara Jade muerta, pero la mujer era astuta, se perdió de la vista del Emperador una vez que este reencarnó. Palpatine podía localizarla a través de la Fuerza, usando el vínculo mental que ellos compartían. Pero ese vínculo se había desvanecido junto con la sensibilidad a la Fuerza de Mara Jade cuando el Emperador colocó su esencia de vida en la mente de ella después de Endor. Eso era lo único que la había ayudado a escapar.

Palpatine frunció del ceño. ¿En qué estaba pensando? Ella ya no era nada para él. Ni ella ni Sate Pestage eran parte del problema en el que ahora se encontraba. Palpatine devolvió sus pensamientos hacia lo que en verdad importaba ahora. ¿Cómo había llegado él a este lugar? A este polvoriento y vacío desierto, con el silencio como su única compañía. Un mundo en donde la Fuerza ya no estaba con él.

Bien, él había estado en el Eclipse. Y el Eclipse había sido destruido. Su espíritu había sido forzado a encontrar el camino de vuelta a Byss, viajando a través de una especie de sub-mundo donde el voraz caos del Lado Oscuro quería clamarlo para siempre como pago por todo el poder que le había dado en vida. ¿Cuánto tiempo podía tomar este viaje? ¿Qué tan lejos fue forzado a ir? No tenía respuesta a estas preguntas. El tiempo y la distancia eran muy diferentes en este sub-mundo. Él únicamente había sido capaz de enfocar su voluntad para alcanzar su meta, los clones de Byss. Usando las habilidades de Transferencia de Vida, que había aprendido del Holocron de Ashka y Vantos Boda, Palpatine había desafiado las fuerzas de la disolución y había luchado por recuperar su vida. La batalla por la vida había sido profundamente traumática, y por primera vez, el resultado había sido en verdad dudoso. Él se encontraba ahora inseguro, no sabía si todo lo que

tuvo se lo había ganado él por sus propios medios o bien había sido ayudado inesperadamente por los Dark Lords of Sith del pasado.

Los Sith Lords habían ordenado enterrar sus cuerpos en un mundo que servía de mausoleo para todos ellos, llamado Korriban; encerrando sus escencias en templos de magia Sith. Ellos eran capaz de rondar los dominios del Lado Oscuro más allá de la muerte, sin tener que ser consumidos por esta. En el punto más crucial de su lucha por llegar a Byss, Palpatine había sido encontrado por algunos de esos Dark Lords. Ellos se habían ofrecido a salvarlo guiándolo hasta su destino. Incluso le dijeron que eso ya lo habían hecho antes, depués de la explosión de Endor. Palpatine no tenía recuerdo ello, pero tuvo que decidir confiar en esos espíritus. Los Sith le había enseñado la forma de alcanzar sus clones, guiándolo a través de la locura y el terror que oscurecían todos los caminos. Ellos lo tomaron en Byss y le abrieron el camino hacia su nuevo y joven cuerpo. Luke Skywalker no había destruido todos los clones, ni lo haría… Palpatine siempre dejaría uno en un lugar seguro, sobre todo después de la traición de Urn Zelotes. Justo debajo de la cámara que Luke había destruido, había otra colección de clones esperando por Palpatine. El Emperador había ganado otra vez.

Pero esta vez no había sido así. El clon en el que había entrado estaba defectuoso. Tiempo atrás sus científicos le habían dicho que los clones eran propensos a adquirir necrosis y finalmente morir. Como castigo por esta falla, el Comisario de Homunculi, Rollo Mon, había sido ejecutado junto con su equipo de trabajo. Ellos no habían tenido suficiente tiempo para estudiar los clones ni para determinar que el decaimiento biológico de estos podía condenar al Emperador a que lentamente perdiera la cordura. Sin sospechar nada al respecto, Palpatine volvió su atención hacia los Rebeldes confiando en que si su cuerpo moría, tomaría otro.

Ahora consideraba la importancia de que claramente había sido traicionado y no solo por sus científicos. Los espíritus Sith habían sido sus verdaderos enemigos. De todos los clones restantes a los que le habrían podido guiar, ellos escogieron el más defectuoso, el único que le significaría la muerte. ¿Por qué querrían ellos destruirlo de esa manera? La razón imaginaba él, era simple venganza por lo que les había hecho.

Décadas atrás, los Sith restantes tomaron a Palpatine cuando era

solo un niño, bajo la profecía de que él era el que los llevaría a la grandeza una vez más. Durante un tiempo, aprendió todo lo que podía acerca del Lado Oscuro. Pero Palpatine había sido escogido por el Lado Oscuro mismo para hacerlo su más grande servidor. Él sobrepasó a los Sith, y descubrió que no necesitaba de aquella patética colección de desterrados, que se escondían de la historia en sus polvorientos monasterios. Los abandonó con promesas vacías, para adentrarse en el mundo de la Política Galáctica.

Eventualmente, encontró un uso para los Sith. Palpatine quería destruir a los Jedi como el obstáculo que eran para su progreso. Los Sith parecían ser una útil arma para él. Hizo ver a Darth Vader como el supuesto líder del que hablaba la vieja profecía Sith, y usándolo para revitalizar la rivalidad entre ellos y sus viejos enemigos los Jedi. El largo exilio había debilitado el poder Sith, y como resultado de las batallas, los Sith fueron eliminados. El Dark Lord Darth Vader, que se había convertido en el sirviente del Emperador, cargaba con la misión de la completa erradicación de la debilitada Orden Jedi. Desde el punto de vista de Palpatine, las cosas sucedieron apropiadamente y en el orden en que deberían haber pasado, pero admitió que tal vez los Sith Lords no lo tomaron de igual forma. Ahora tenía fuertes sospechas de que la largamente demorada venganza de los Sith Lord lo habían guiado a un clon defectuoso. Esto hizo creer a Palpatine de que él era capaz de alcanzar sus clones sin la ayuda de ellos… o tal vez no. Tal vez los Sith Lord no querían que muriera de inmediato. Tal vez querían disfrutar del espectáculo de un loco y desesperado Emperador, antes de que conociera su destino final.

Y que espectáculo sería. La lenta pérdida de su cordura significaría que mucho de los más recientes eventos no estaban claros en su memoria, pero aquellas cosas que había podido recordar eran suficiente para llenarlo de vergüenza y rabia por su estúpida decisión. No había duda de que los Sith estaban disfrutando su venganza. Si pudiera regresar a la vida, tomaría un Destructor Estelar clase Soberano *Eclipse II* y esparciría desperdicios sobre el planeta Korriban. Pero solo después de hacer realidad su venganza en contra de Luke Skywalker y su hermana.

Palpatine respiró lentamente, tratando de calmarse. La parte más dura la estaba atravesando en estos momentos… recordando lo

que le había pasado mientras estaba fuera de sí.

Sin embargo había regresado a Byss dejando que el hecho de su sobrevivencia permaneciera en secreto durante un tiempo, esperando que cualquiera de sus traidores se sintiera libre de actuar en su ausencia. Ese había sido su primer error. Dos de sus Adeptos Oscuros y antes de que Palpatine los asesinara, lo traicionaron destruyendo todos los clones saludables que quedaban. Desde ese momento quedaría atrapado en un cuerpo marchito por la necrosis. Ahora, ni él ni sus seguidores notaron su locura. Eso no pasó hasta después, cuando le reveló a Luke el hecho de que permanecía vivo. Pero seguramente la locura ya estaba creciendo. Palpatine ya no estaba haciendo decisiones racionales. El había estado «jugando» estúpidamente con Skywalker mandándole una serie de incompetentes Guerreros de la Oscuridad detrás de él en vez de usar otra Tormenta de Fuerza.

Como el raciocinio del Emperador se perdía lentamente, de igual forma seguía cometiendo errores. El recordarlos era como revivir una pesadilla. Nada tenía sentido para él en estos momentos, pero a su vez pensaba que había podido llegar a controlar todo y a todos. Tenía un vago recuerdo de haber adiestrado a varios sirvientes del Lado Oscuro, escogidos al azar, ansioso de que fuesen capaz de derrotar al Maestro Jedi. También tenía recuerdos de un arma, una especie de lanzador de misiles hiper-espaciales, la cual no había sido capaz de destruir nada de lo que él hubiese querido. ¿Qué había sido todo eso? Palpatine maldijo de nuevo. Esto no estaba funcionando. Sin embargo había encontrado una clase de relación entre toda esa cantidad de imágenes sin sentido. Lo que sea que estuviera pasando estaba relacionado con su sobrevivencia. Su cuerpo estaba muriendo, era necesario encontrar una solución a ese problema. Se concentró, una no muy clara imagen de un shaman, congelado en una piedra, pasaba por su mente. Locura!

Entonces otra imagen vino a él. Una resplandeciente piedra redondeada. Se aferró a esa imagen y dejó que su mente lo llenara de detalles. Él había estado mirando la piedra. Esa piedra tenía un nombre… un holocron Sith. Él había estado en Korriban, el cementerio de los Sith. Su memoria estaba regresando. Él había ido a Korriban a preguntar…no, a exigir que los espíritus de los Sith pusieran un alto al decaimiento de su cuerpo. Sus recuerdos eran

contradictorios. ¿Por qué si los Sith lo habían traicionado, ahora lo ayudarían? De que forma se deben estar riendo a carcajadas de él y de su desgracia. De que forma se deben estar burlando al negarle ayuda. Tal vez a través del holocron le mostraban la localización del hijo de Leia Organa. Él, dentro de su locura, todavía lo anhelaba; mientras que los Sith le apuntaban el camino hacia su fatal final.

Entonces recordó que él personalmente había ido a Onderon tras el niño, sin la protección de sus fuerzas… hacia las manos de sus bien preparados enemigos. Dio un golpe en la arena, enfurecido consigo mismo. ¿En qué estaba pensando cuando hizo eso? ¿Qué esperaba ganar? Sus planes para con el niño habrían sido inútiles. Su cuerpo estaba muriendo. Necesitaba una solución de inmediato. No podía esperar una década hasta que el niño creciera. Estaba claro, pensó con disgusto que lo que había hecho no funcionó ya que no estaba pensando con claridad. Estaba loco.

Con repentina perversidad, los recuerdos empezaron a fluir claramente. Él había encontrado a Leia y al niño en el viejo fuerte; pero Luke Skywalker estaba allí, con su grupo de Caballeros Jedi. Skywalker le ordenó que se rindiera. Incluso había mandado a traer una jaula… una jaula para el Emperador de la Galaxia. El decaimiento de su cuerpo hacía imposible para él luchar contra ellos. Se vio a sí mismo incitando al contrabandista Solo a que aniquilara su inútil y moribundo cuerpo. El haber tomado el cuerpo de un niño hubiese sido el peor error de todos. Si el habitar en la mente de Mara Jade había disminuido sus poderes del Lado Oscuro; el habitar en la mente de un niño lo habría dejado indefenso… como un prisionero dependiente de la misericordia de los rencorosos padres del niño. Un infante en una jaula de Fuerza. Palpatine se estremeció. El compañero Jedi de Luke, Empatojayos Brand, le había hecho un favor al Emperador deteniéndolo. El Jedi-cyborg había capturado el espíritu del Emperador dentro de sí, manteniéndolo prisionero. El Emperador había luchado por salir, pero sin éxito. El Jedi sabía exactamente lo que debía hacer. Palpatine se preguntaba si lo que estaba haciendo el Jedi para evitar su huída lo había aprendido del holocron que Leia le había robado y del cual Palpatine se valió para aprender y desarrollar los conocimientos acerca de su primera Transferencia de Vida.

Brand había sido herido mortalmente por el Emperador, y estaba muriendo. Pero juró que el Emperador nunca más volvería; y que la Fuerza y todos los Jedi, vivos o muertos, harían de esa promesa una realidad. Entonces tomó la esencia de Palpatine hasta la muerte.

La caída del Emperador finalmente había llegado. Él ahora sabía como había llegado aquí. Estaba lleno de rabia y rencor por su derrota; y los recuerdos que habían llegado a él de lo ocurrido antes de su muerte lo habían dejado muy perturbado. Había fallado completamente, merecía la muerte. Pero él siempre había creído que su muerte significaría entrar y vivir por siempre en un caos, en el terror, en la locura infinita resultado de la sed del Lado Oscuro por cobrar todo el poder concedido. Este destino le había sido revelado durante sus primeros estudios con los Sith; todos los esfuerzos por prolongar su vida los había hecho tratando de evitar dicho destino. Pero de alguna manera, por lo que estaba pasando no se parecía en nada a lo que le habían revelado o al menos a lo que él esperaba. Desde su percepción, él estaba física y mentalmente intacto; estaba tan viejo como cuando Vader lo traicionó en la Estrella de la Muerte. Su vestidura seguía siendo su usual manta negra; y estaba sentado en una vacía llanura de suave arena. La extrañamente coloreada niebla le impedía ver más allá de unos pasos, pero podía sentir que estaba completamente solo. Cualquier vestigio de poder de la Fuerza se había ido. Pero ¿Por qué estaba pasando todo tan diferente a lo que él esperaba? Obstinadamente había empezado a razonarlo.

Su presencia aquí estaba relacionada de algún modo con su muerte. No había otra explicación. Había muerto prisionero dentro de un Jedi, un adepto del Lado Iluminado. Tal vez su espíritu fue arrastrado por el espíritu del Jedi a donde quiera que este haya ido. Terminando así en alguna clase de dominio o reino del Lado Iluminado. Esto podía explicar su incapacidad de llamar a los poderes del Lado Oscuro. Sin embargo esto lo hacía pensar que no estaba del todo derrotado. De alguna forma esta era una victoria que no sería clamada por el Lado Oscuro, sino por él. Y mientras no hubiese nada que le demostrara lo contrario, aún había esperanza.

Palpatine se reincorporó de la posición de meditación en la que se encontraba, forzando su cuerpo a levantarse y sacudirse el polvo. Empezó a caminar por las arenas y a través de la niebla gris-rojiza.

De la misma forma en que lo había hecho muchas veces antes. Su indomable voluntad le hacía mantener la cabeza en alto, llevándolo a lo desconocido.

* * *

Palpatine vagaba por lo que para él parecía un día, un infinito día, sin cambios a su alrededor. La polvorienta arena le proveía de poca tracción para sus pasos y hacían más laborioso su progreso. El grueso capuchón de su túnica le cubría toda la cabeza y parte del rostro. La densa niebla le negaba cualquier sentido de progreso. No tenía forma de saber si estaba o no, de hecho, caminando en círculos o hacia alguna parte. Pero físicamente no se sentía débil, o cansado o hambriento. Solo su espíritu ponía en peligro su determinación. Maldiciendo su obstinado orgullo y después de lo que para él pareció un día en este polvoriento limbo, había acumulado una serie de dudas. ¿Y si nunca llegara a escapar de ese lugar? ¿Y si los eruditos Sith habían estado equivocados acerca de su destino después de la muerte y esto era lo que el Lado Oscuro había guardado para él? ¿Y si estaba loco y él creía que no? Incluso podía ser que siguiera vivo y que todo lo que estaba pasando era parte su locura. Mientras estos horribles pensamientos cruzaban por su mente, sus pies empezaron a sentir un cambio en el terreno. Ese terreno, que desde que empezó a caminar, había sido una extensa llanura ahora comenzaba a elevarse. Los amarillentos ojos de Palpatine se iluminaron con chispas de vida y las dudas se fueron de su mente. Aceleró sus pasos, sintiendo a medida que caminaba que el ángulo de inclinación del terreno aumentaba. Su progreso era disminuido por la resbaladiza arena, pero poco a poco Palpatine continuaba con su ascenso. Una vez más, era imposible medir el paso del tiempo. Finalmente, y con una débil sonrisa, Palpatine alcanzó la cima. Quedando abajo la niebla, ahora Palpatine podía ver el accidentado terreno, con grandes rocas postradas en él. Dándose la vuelta, pudo ver la región de donde había venido. Era una larga depresión parecida a un gran tazón que para él se extendía más allá de lo que podía ver a través del enrarecido aire.

Su nuevo ambiente estaba libre de niebla. Podía ver la extensa

planicie de donde provino. En otra dirección, podía ver como colinas se levantaban sobre las planicies. Se veían muy escarpadas y hasta intimidantes, pero era necesario saber qué secretos escondían.

Después de un largo período de solo escuchar sus pasos en las suaves arenas, el escuchar un extraño sonido lo hizo girar hacia la dirección en que creyó que provenía. Se estremeció al ver a dos figuras erguidas cerca de una de las grandes rocas. Eran dos jóvenes humanos, de piel pálida y largos cabellos negros. Parecían ser gemelos, pero uno era más pequeño que el otro. La vestimenta de ambos era azul y gris, con un cinturón blanco y una especie de bufanda roja. Tan pronto como Palpatine los encaró, estos asumieron una postura defensiva, lo que los marcaba como entrenados en las artes de los Caballeros Jedi.

—Denin…! —dijo el más pequeño, con voz femenina—. Es él…!, es el Emperador…, justo como Maestro Brand nos dijo.

—Ten cuidado Vila —dijo el más alto, con voz masculina—. No estamos seguros de si tiene sus poderes o no.

—Imposible —dijo Vila—. No podría usar sus poderes aquí aún y cuando los tuviera. Así nos lo dijo el Maestro Brand. Míralo, es solo un viejo!

Vila levantó sus brazos, y al mismo tiempo una docena de rocas se levantaron del suelo y volaron posándose sobre el terreno haciendo un semi-círculo alrededor de Palpatine. Una lluvia de polvo, suciedad y pequeñas rocas chocaba contra la humanidad del Emperador sacudiéndolo y haciéndolo retroceder de espanto.

—¿Quiénes sois? —gritó Palpatine—. ¿Cómo se atreven a hacerme esto a mí? —Sus puños se apretaron, y empezó a avanzar en la dirección de los dos Jedi. Los Jedi se miraron el uno al otro y luego, sin signos de temor visibles, observaban como Palpatine se aproximaba.

—Podemos destruirlo aquí mismo, en este mismo momento —insistió Vila—. No siento que la Fuerza esté con él. El Maestro Brand tenía razón…

—No, Vila —dijo Denin—. No estaría bien. Sé que las tropas del Emperador destruyeron nuestro hogar después de su muerte. Pero no somos los únicos que hemos sufrido. La Legión Jedi está llena de los que fueron víctimas de este viejo hombre. El asesinó a muchos de ellos personalmente. Todos ellos quieren venganza…

Palpatine había escuchado con atención y le impactaba lo que oía. Los dos Jedi le dieron la espalda a Palpatine y siguieron conversando mientras se alejaban de él. Este acto de menosprecio dejó a Palpatine sin habla.

—Nuesto trabajo —decía Denin—, es regresar y decirle al Maestro Brand que el Emperador está aquí. Quedará a juicio del Maestro cómo y dónde destruirlo. Y los otros Jedi querrán también tomar parte en esto. Pero no te preocupes. El Emperador y su viejo sirviente pagarán por lo que hicieron. La Legión Jedi velará porque así sea. Además… no creo que haya apuro ahora.

Vila pensó por un momento mientras caminaba. Luego sonrió pícaramente.

—Sí, tienes razón. No hay apuro. Dejemos que el viejo sude por un rato. No tiene lugar a donde ir…

Mientras Denin y Vila se alejaban, Palpatine trataba de seguirlos. Pero como siempre, sus habilidades físicas eran pobres. No pasó mucho tiempo antes de que fuera dejado atrás, haciéndolo abandonar la persecución. Su corazón latía enérgicamente, pero no por el esfuerzo hecho. Lo que él sentía era miedo. Miedo a que los Jedi se dieran la vuelta y regresaran. Miedo a que no lo hicieran y que avisaran a la Legión Jedi, que vendría por él para destruirlo. Por un momento este mundo le pareció una prisión vacía. Ahora se sentía como si estuviera en una enorme trampa. Y los Jedi habían dicho que no tenía lugar a donde ir.

Si estuviese vivo, él hubiese podido usar cualquiera de su larga lista de poderes para aplastar a los dos Jedi inmisericordemente. Pero aquí, esos poderes le estaban negados. Dos Jedi acababan de hacer pender de un hilo su existencia. No quería ni imaginarse lo que podían hacerle una Legión de Jedi equipados con la Fuerza.

Palpatine contemplaba como los dos Jedi se alejaban, hasta que no pudo verlos. Cuando finalmente desaparecieron en la niebla, empezó a darse cuenta que debía abandonar ese lugar.

Los dos Jedi habían estado esperándolo; sabían que él vendría. Además, volverían con más de los de su clase. Para cuando esto último pasara, él necesitaría estar en algún otro lugar. Tomó la dirección opuesta a la tomada por Vila y Denin, y empezó a escalar una de las rocosas colinas. No le importaba lo que habían dicho los Jedi acerca de que no había escape. Creía que podía al menos

esconderse mientras encontraba alguna clase de salida. Pero una cosa era cierta, no iba a rendirse ante la Orden Jedi que una vez él hizo desaparecer. Nunca, ni en ninguna vida.

* * *

Las escarpadas colinas probaban ser un reto para Palpatine, y su progreso era lento. Veía en cada cueva, en cada abertura del terreno, un posible lugar para esconderse; pero ninguno parecía ser lo suficientemente profundo o alentador. El temor de la Legión Jedi acechándolo se mezclaba con la obstinación en la búsqueda de un refugio. Fue un momento después de haber rechazado una gran roca que parecía una cueva desde la distancia, que Palpatine encontró a otro extraño. Mirando una risco que se encontraba por encima de él, y que sabía que tenía que escalar; justo en ese momento vio a alguien parado allí. Una silueta oscura que se erguía contra el plateado cielo. Se paralizó al creer que la Legión Jedi lo había encontrado. Pero no había forma de distinguir quién era la oscura figura.

Entonces el extraño habló con voz calmada y madura, pero llena de entereza.

—Debes seguirme si quieres sobrevivir.

Palpatine lo contempló, incapaz de obtener algún detalle.

—Muéstrate —exigió Palpatine impacientemente—. Acércate para que pueda verte.

Por un momento la figura pareció vacilar, entonces descendió del risco donde se encontraba, para aproximarse a Palpatine. Mientras más se acercaba la figura a la luz, más distinguía Palpatine lo alto y sólido de la humanidad del extraño. Vestía como un Jedi con túnica gris y sobre esta, ropajes de color crema abierto al frente. Parecía ser de mediana edad, de cabello grisáceo con notables entradas. La cara del hombre era redonda, sus facciones anchas y generosas. Presentaba varias arrugas, especialmente debajo de sus azules ojos. Su expresión era seria, y su mirada era, de alguna forma, nostálgica.

—¿Quién eres tú? —demandó Palpatine. Él no recordaba haber visto antes a ese hombre—. ¿Qué quieres?

—Estoy aquí para ayudarte —dijo el hombre vacilando un poco. Palpatine sintió algo de menosprecio en la voz del hombre. Pensó que tal vez el extraño estaba temeroso de él. Eso estaba bien. Hacía tiempo que alguien no lo trataba con el respeto que merecía.

—Podemos ayudarnos el uno al otro —dijo el hombre—. Ambos tenemos el mismo enemigo: La Legión Jedi. Tal vez si trabajamos juntos tendríamos más posibilidades de derrotarlos

—¿Conoces de algún lugar donde pueda esconderme? —preguntó Palpatine con falsa inocencia, mientras buscaba en el rostro del extraño algo que le hiciera identificarlo. Ahora sabía con seguridad que el rostro del extraño le era familiar, pero la identificación total del hombre lo eludía.

—Tengo un lugar de refugio —dijo el hombre—. Mis compañeros están ahí ahora. Ellos me mandaron a buscarte y llevarte de forma segura. Entonces, ¿Vendrás conmigo?

Palpatine vaciló. Había demasiada coincidencia. ¿Cómo sabía este hombre que él estaba siendo perseguido por los Jedi? ¿Cómo lo había encontrado? El sentido de familiaridad le sugería que tal vez era uno de los Jedi que él había asesinado personalmente. Fácilmente podía ser uno de los de la Legión Jedi, que había venido a llevar a Palpatine a la trampa final. Pero, ¿Con qué propósito? Los dos Jedi con los que se había topado antes le habían predicho que toda la Legión Jedi iba a ir detrás de él, no uno solo. Pero ¿Por qué hacerle una trampa? Estaba indefenso. Tal vez el hombre estaba diciendo la verdad. Decidió jugárselas cambiando el tema.

—¿Sabes que lugar es este, qué mundo es? —preguntó Palpatine. El hombre no pareció perturbarse al ver a Palpatine incapaz de responderse así mismo una pregunta como esa. Con aire de paciencia el hombre respondió—. Son los dominios del Lado Iluminado de la Fuerza. Los Jedi vienen aquí después que conocen la muerte. Algunos de ellos permanecen aquí, pero otros ascienden a planos más altos, donde se pugnan grandes batallas contra el mal. Se supone que no deberías estar aquí… pero lo estás… y debemos hacer algo al respecto antes que la Legión Jedi te encuentre y te destruya. Si lo hacen, dejaremos de existir totalmente y para siempre. Te ofrezco la oportunidad de evitar eso…

Palpatine todavía se encontraba escéptico de seguir al hombre.

—Me dijiste que los Jedi son tus enemigos también… —dijo

suavemente Palpatine—. ¿Y no eres tu un Jedi también? ¿Qué hiciste para merecer su ira? —El hombre no respondió.

—No te seguiré si no compartes esa información conmigo… Sabes quién soy, o al menos eso creo —dijo Palpatine tratando de sacarle algo de información—. Sí… soy el Emperador Palpatine. Y sé que cualquiera de ellos tiene suficientes razones para odiarme, así como yo los odio a todos ellos. Pero ahora estoy cerca de ganarme su misericordia. Si no fuera por eso… los masacraría a todos sin vacilar. Sé lo que ellos me harán. Habrá mucho dolor y humillación antes de que llegue el fin. Pero no me han capturado todavía. La precaución es mi única defensa. Así que antes de irme contigo, debes darme una razón para creer que lo que me dices es la verdad.

El hombre permaneció silente durante un largo momento, pero Palpatine no se desesperó y aguardó pacientemente hasta que el hombre habló.

—Le daré una razón en la cual pueda creer —dijo seriamente el hombre—. Los Jedi persiguen al Emperador Palpatine, sí, pero también persiguen al que fue su leal sirviente. Su venganza será terrible sobre el hombre que fue una vez conocido como Darth Vader.

El mundo pareció caer ante los pies de Palpatine. En ese instante logró identificar al hombre delante de él.

—Tú! —Era todo lo que podía decir. Sus ojos brillaron, y sus andrajosos dientes se apretaron.

—Sí, soy yo —dijo el hombre—, es bueno verlo… Maestro.

La última palabra emergió con un sarcasmo tal, que Palpatine vaciló. Entonces, Anakin Skywalker se cruzó de brazos y le dio a Palpatine una sonrisa sacada de las profundidades del infierno.

* * *

Ambos iniciaron su camino a través de las colinas, guardando un tenso silencio. Anakin se veía saludable y fuerte para su edad; lo abrupto del terreno no era reto para él. Palpatine tenía más dificultad, pero la incondicional ayuda de Anakin estaba presente cuando era necesario. Anakin parecía disfrutar el silencio, lo que

hacía ver que tenía cierto conocimiento acerca de las preguntas que atravesaban la mente Palpatine. Obviamente Anakin había pasado bastante tiempo preparándose mentalmente para este encuentro, más no así Palpatine que parecía estar todavía en shock. Él se imaginaba que cada vez que Anakin lo ayudaba a cruzar una zanja, el antiguo Sith Lord debía estar disfrutando la gloria de la inversión de roles que ahora se estaba produciendo. Ahora Anakin era el que estaba a cargo. Ahora Anakin era el que tenía poder sobre la vida o la muerte de Palpatine. Los registros del pasado no eran un argumento favorable para que Palpatine creyera que Anakin usaría ese poder para beneficiarlo.

Al llegar a una pequeña planicie, se detuvieron para asegurarse de que no habían rastros de perseguidores; la tensión se incrementaba. De repente Anakin se dio vuelta y encarando al Emperador le habló:

—¡Está bien!, ¡vamos!, ¡dilo! Puedo sentir tu rabia. Adelante, dime lo que estás pensando…

Palpatine frunció el ceño y apuntándolo con un torcido y arrugado dedo le dijo a Anakin:

—¡Tú me asesinaste…! —Palpatine le infundió a esa acusación todo lo cortante y ácido del Lado Oscuro que él conocía y sabía utilizar tan bien.

—¡Sí…! —dijo Anakin— Lo hice, pero sobrevivió…

—Me traicionaste en Endor!, escogiste a tu hijo por encima de mí!

Era como si la rabia de Palpatine estuviese ayudando a salir la rabia de Anakin. Un inequívoco eco de Lord Darth Vader se hizo escuchar en la respuesta de Anakin:

—Usted me traicionó mucho antes, mi viejo Maestro; o no recuerda lo que hizo con la Orden Sith? Usted lo arregló todo para que yo no estuviera con ellos cuando los envió a su destrucción. Llegué a ser un Dark Lord, pero por encima de nadie. El Imperio nunca fue lo que prometió que sería. Me sedujo con una visión de una galaxia bien organizada, pero sus planes reales consistían solo en caos. Al final, no quedó nada donde pudiésemos gobernar, solo quedaron planetas destruidos.

—Todas esas son mentiras, Lord Vader.

—No! —interrumpió Anakin apuntando con un dedo

directamente hacia Palpatine—: Ese no será nunca más mi nombre, anciano! Si vuelve a llamarme así de nuevo, personalmente lo entregaré a la Legión Jedi. No estoy orgulloso de lo que fui.

—En lo que te hice llegar a ser, querrás decir… —dijo Palpatine con aire burlesco.

—No!, esa es otra mentira. La responsabilidad de lo que hice me pertenece solo a mí y a nadie más. Ni siquiera a usted. Me hizo pensar que yo era su esclavo. Efectivamente, mi vida estaba en sus manos. Tuve que obedecerlo de lo contrario moriría. Lo que le hizo a los Sith y lo que trató de hacer con mi hijo, fue por la misma razón. Así me quedaría sin nadie bajo mi control. Sin seguidores Sith, sin hijo… Solo con mi Maestro, el Emperador Palpatine. Pero una parte de mí estaba libre. Esa parte fue la que lo asesinó en Endor. Y lo haría de nuevo.

—Debí verlo venir —dijo Palpatine amargamente.

—Sí, tal vez debió. Mi hijo estaba en lo correcto. Su exceso de confianza fue su debilidad.

Palpatine apretaba sus labios mientras veía a Anakin. Entonces levantó su cabeza y sonrió irónicamente.

—Ah… al fin y al cabo pasamos bastante tiempo juntos, ¿no es así? Muchos años como Maestro y sirviente. Llevamos a cabo grandes cosas, tu y yo. La destrucción de los Jedi, la creación del Imperio. Fuiste buen servidor, Lord… Anakin. Tuve buenas razones para confiar en ti. ¿Sabías mi sirviente, que el hacerte ver que obedecerías lo que yo deseara era uno de mis mayores disfrutes en vida? Un Emperador tiene tan pocos placeres y tan poco tiempo para disfrutarlos…

Anakin frunció el ceño, pero retuvo su ira.

—Búrlese todo lo que quiera. No cambiará nada. Mire como resultaron sus planes para la galaxia. Mírese, está muerto. Su Imperio fue sustituido por una Nueva República y mi hija es una de sus Líderes. Mi hijo a creado una nueva Orden Jedi, y se hará Maestro enseñando a nuevos estudiantes. ¿Que dejó atrás que haya sido permanente? Nada!, solo muerte y vidas destruidas incluyendo la mía

La cara de Palpatine se oscureció mientras se escondía en lo más profundo de las sombras del capuchón de su túnica.

—No seas tonto, Anakin Skywalker. Dejé atrás el Lado Oscuro de

la Fuerza, y eso es eterno. Es una gran injusticia que ningún hombre ni sus logros puedan vivir para siempre… sin embargo hice un buen intento. Pero fui el más grande Maestro del Lado Oscuro que haya vivido. Mientras la Fuerza exista, el recuerdo de lo que fui permanecerá vivo!

Anakin permaneció callado mientras se miraban el uno al otro. Finalmente Anakin, calmadamente habló:

—Ese no es el legado que yo escogería.

Claro que no, pensó Palpatine.

—No se escoge tal legado. Se es escogido por el legado así como yo fui escogido por el Lado Oscuro. —Palpatine sentía desprecio por el orgullo de Anakin. Palpatine se preguntaba: ¿Por qué Anakin hablaba como si la historia se hubiese acabado? Todavía había otra oportunidad… siempre habría otra oportunidad. Regresar y destruir la Nueva República y a la nueva Orden Jedi. Continuar con su propia historia, la cual no había terminado…

…solo estaba interrumpida.

—Debemos unirnos a los otros en la cueva —dijo Anakin—. No veo a nadie persiguiéndonos pero no deben estar lejos.

—¿Qué tan lejos está la cueva? —preguntó Palpatine.

—No muy lejos, de hecho ya estamos allí —respondió Anakin mientras cruzaba al otro lado de la planicie; apuntó a un agujero en el suelo del tamaño de la mitad de un hombre.

—¿Es esa la cueva? —preguntó Palpatine dudando.

—Hay un gran espacio abajo, esta es la vía para llegar a él. Me temo que saldrás un poco magullado ya que hay que deslizarse hasta el fondo. —Anakin recogió su túnica, se sentó colocando sus pies en el agujero y se deslizó boca arriba.

Palpatine escuchó el aterrizar de Anakin sobre una zona pedregosa. Se acercó al agujero e intentó ver a través de él, pero la oscuridad no se lo permitió. Por un instante, Palpatine pensó en darse la vuelta y seguir por sus propios medios. Pero encontró que era preferible el estar entre varios que desconfiar de su viejo sirviente, aún y cuando se encontraba resentido por la posición de debilidad ante Anakin. Decidió quedarse del lado de su viejo sirviente y esperar por la oportunidad adecuada para hacerle ver quién tenía el verdadero dominio.

Se sentó en la orilla del agujero, y con una última mirada al

plateado cielo se deslizó. Bajó desde una corta distancia aterrizando pesadamente en un húmedo desnivel cubierto por redondas rocas. Resbaló en la oscuridad por la humedad en las rocas, descendiendo de espaldas sobre el rocoso suelo. Aunque dolorosamente, llegó a aterrizar sobre un suelo de roca, pero esta vez estaba nivelado; cayendo, ya sin dignidad e irónicamente ante los pies de Anakin. Se levantó y arregló su túnica tratando de mejorar el semblante. Vio a Anakin levantar su mano. Una brillante esfera de luz apareció sobre la palma abierta de su mano, iluminando todos los rincones de la cueva.

De repente Palpatine se dio cuenta que nunca le preguntó a Anakin quiénes eran sus compañeros. Una vez ante la luz, pudo verlos. A la izquierda de Anakin se encontraba un hombre viejo con ropaje Jedi. Con túnica color café en vez de la túnica grisácea que vestía Anakin. Al lado de ese viejo hombre de blanca barba, se encontraba un pequeño alienígena de color verdoso y con puntiagudas orejas que salían de su calva y arrugada cabeza. Palpatine sabía quién era cada uno de ellos.

—Así que lo trajiste… —dijo Obi-Wan Kenobi.

—De la misma forma en que no me agrada, debo admitir que este viejo despojo es nuestra última esperanza —dijo Anakin.

—Gran pena es… —dijo Yoda—, …que otra no haya.

* * *

Empatojayos Brand flotaba frente a la Legión Jedi. Detrás de él se encontraban las colinas hacia las cuales el Emperador había huido. Brand era un cyborg, y las únicas partes humanas visibles que le quedaban eran sus ojos y su nariz. Debajo de su nariz, estaba un redondo cuerpo de androide con brazos mecánicos. Su fachada era el recordatorio de sus años como Rey del pueblo de Ganathan, hasta que llegara Lord Vader y lo destruyera todo, junto con su nave y su cuerpo. Ahora que había dejado el mundo físico, su fachada era solo una construcción mental, él escogía cómo quería verse. El podía representarse así mismo como en su juventud, con el cuerpo que él quisiera. Pero el cuerpo de droide que mantuvo durante tanto tiempo, contenía tantas historias de su vida que no quiso.

Levitando de la misma forma en que solía hacerlo cuando estaba vivo, Brand se dirigió hacia los cientos de Jedi enfrente de él. Estaba orgulloso de ser el líder. Ellos lo reverenciaban por su gran hazaña de remover al Emperador de la galaxia para siempre. Pero Brand sabía que en la multitud había Maestros Jedi mucho más preparados que él. Era un gran honor para él que lo hayan escogido para seguirlo.

Miró a toda la multitud pausando para hacer contacto visual con aquellos a quienes conocía bien o aquellos a los que había conocido aquí después de su muerte. Vio a Jem y a Rayf de Ossus, dos jóvenes guerreros que habían perecido en la batalla final contra Palpatine. Allí también estaban los gemelos Denin y Vila, quienes lo habían hecho tan bien en sus roles como exploradores. Brand vio a una criatura de aspecto senil y cara de insecto, conocido como Jedidiah, quién se había ganado la admiración de Brand al contarle su historia de cómo se sacrificó para proteger la vida de Luke Skywalker. Este le recordaba a Brand su propio sacrificio en el fuerte de Modon Kira en Onderon. También estaba Dev Sibwarra, que había ayudado a salvar a Skywalker durante la batalla de Bakura. Brand sabía que algunos de esos seres, se habían encontrado con Luke Skywalker durante sus vidas. Ellos jugaron un pequeño pero importante rol en la evolución del último Jedi, quién más tarde se convertiría en Maestro y cuya Luz llevaría a una nueva generación de estudiantes a servir a la Fuerza.

Pero esos eran solo una minoría de los Jedi reunidos aquí. Muchos de los Jedi habían muerto antes de que Luke Skywalker conociera acerca de su destino. Pero Brand tenía también algo en común con estos. Ellos habían sido victimas de la Purga del Emperador; realizada por la pesada armada de asesinos dirigidas por Palpatine, o más eficientemente realizada por su títere-sirviente Sith Lord o por el mismo Palpatine. Ellos habían permanecido aquí en estos dominios vigilantes del destino de la galaxia con la esperanza de que el desastre fuese de alguna forma reparado. Y ahora tenían la oportunidad que todos habían estado deseando. Ellos tenían la oportunidad de decidir el destino final del Emperador, su destrucción…

—Compañeros Jedi! —clamaba Brand—, El Emperador Palpatine ya está en estos dominios, como dije que estaría. Cuando

murió, atrapé su esencia y la llevé conmigo para que no pudiera escapar. Fuimos separados, pero yo sabía en mi corazón que vendría. Ahora lo hemos encontrado. Denin y Vila lo vieron con sus propios ojos, emergiendo del Cráter de la Niebla. Finalmente es nuestro para que hagamos con él lo que tenemos que hacer. Tenemos nuestro plan y estamos en nuestras posiciones. ¿Están todos listos para desempeñar el rol que les toca y llevar al Emperador a su fin?

Cientos, voces humanas y otra multitud de especies, gritaban en afirmación.

—¿Están todos listos para hacer lo que acordamos? —gritaba Brand—. Será difícil para alguno de vosotros. Sé como se sienten. Pero somos Jedi. Así es y así será. ¿Están todos conmigo?

Una vez más la multitud gritaba en aprobación. Aún y cuando Brand carecía de boca, sonreía en su corazón. Entonces la armada emprendió su viaje hacia las colinas, en busca del Emperador.

* * *

—¿Qué hacéis vosotros dos aquí? —gruñó Palpatine a Obi-Wan y Yoda—. ¿Acaso la Legión Jedi no los quiso en sus filas?

Kenobi dejó ver una perturbada mirada.

—Yoda y yo estamos aquí… —decía cansadamente—, …por nuestra lealtad a Anakin. No podemos quedarnos parados viendo como los otros Jedi lo destruyen por los crímenes cometidos por Darth Vader. Tal castigo sería demasiado extremo. Él fue mi estudiante y amigo antes de convertirse en Vader. No puedo hacer menos que quedarme a su lado.

—Así que… son fugitivos de los Jedi… —dijo lentamente Palpatine mientras una maliciosa sonrisa se formaba en su decrépita cara—; …ya que protegen a Darth Vader de la hambrienta multitud que clama por su sangre.

Anakin funció el ceño y se colocó a un paso de distancia de Palpatine y casi gritando le dijo:

—Te advertí que no me llamaras de nuevo por ese nombre.

Palpatine lo encaró sin intimidarse ante tal gigante.

—¿Y que harás al respecto?, soy un hombre indefenso. Estoy en

el nido de mis antiguos enemigos y con otra armada de enemigos pisándome los talones. ¿Qué harás? ¿Me asesinarás de nuevo, viejo sirviente? ¿Ya eres lo suficientemente fuerte para terminar el trabajo? Total, es igual que muera aquí que allá afuera. Pero quizás a ti sí te importe. Fui traído aquí por alguna razón. Necesitan de mí para algo y están reacios a decirme qué es. —Palpatine mostraba todos sus dientes mientras miraba la furiosa cara de Anakin—. Así es, y mientras tanto… seguiré siendo su leal sirviente —acotaba Anakin mientras su furiosa cara se ablandaba lentamente—, debería disfrutarlo mientras pueda.

—Emperador… —dijo Yoda con seria y áspera voz—, ¿No ha tenido ya suficiente satisfacción del sufrimiento de Anakin mientras vivía? Más serias cosas ahora nos conciernen. Fugitivos somos… y así lo sois vosotros. Si de importancia para ti, tu vida es; de Anakin burlarte por su ayuda, no debes.

Palpatine miró a Yoda.

—En mi Imperio… —fijó sus ojos en los de Yoda— …no hubiese podido estar en las calle de la Ciudad Imperial sin la compañía de un amo humano. No aceptaré ordenes de una pequeña criatura alienígena.

Yoda se limitó a contemplarlo con algo de pena en sus ancianos ojos.

Frustrado, Palpatine apuntó a Anakin quién se encontraba rígidamente parado a su lado.

—Entonces explícame, pequeño Maestro Jedi… —demandó—, …¿Por qué están aquí con este Jedi Oscuro (Dark Jedi), mientras sus compañeros Maestros están allá afuera persiguiéndolo? ¿Acaso sabéis más de justicia Jedi que ellos? ¿Por qué están dispuestos a morir por proteger a este Dark Lord of the Sith.

Kenobi dando un paso en ese momento acotó:

—Anakin se redimió a sí mismo al final de su vida. Antes de morir sacó toda la influencia del Lado Oscuro que había en él para salvar a su hijo. Al salvar a Luke Skywalker, completó un gran logro en el Lado Iluminado de la Fuerza. Los otros Jedi no pueden ver más allá de la oscuridad de sus actos como Darth Vader. Ellos ven el cambio de Anakin como una mera conversión técnica hacia la Luz. Para ellos no es lo suficiente como para darle su perdón. Pero nosotros…

—Quiero escuchar la respuesta del Maestro Jedi! —interrumpió Palpatine firmemente.

Yoda miró a Kenobi. Sus ojos se encontraron por unos pocos segundos, después encararon de nuevo a Palpatine.

—Cuando Luke, a enfrentar a su padre fue… —dijo Yoda con gran dignidad—, …Obi-Wan temía que perdida nuestra última esperanza estuviera. Que otra había, decirle hice… la hermana de Luke. Pero… equivocado estaba. Había otra esperanza… el padre de Luke. Nunca, destruir a Anakin Skywalker, hiciste completamente. Mantenerlo a tu lado, sabio no fue. En ese momento, tu vida sentenciaste Emperador. Entre nosotros, Anakin, bienvenido es; Si buscarlo, piensas que hicimos, por nuestra ayuda vino él.

—Así que… —dijo Palpatine disgustado—, …todos son felices ahora. ¿Esperan que me crea eso? ¿Que crea ya que no hay resentimiento entre vosotros? ¿Que crea que son los pacíficos Jedi que dicen ser? Yo no lo creo así… —Palpatine dejó que su voz se saturara de burla y sarcasmo—. Obi-Wan Kenobi… ¿Has perdonado realmente a tu querido estudiante por asesinarte a sangre fría a bordo de la Estrella de la Muerte? Observé el duelo completo a través de la Fuerza. Estabas débil y rodeado, fue cuando tu estudiante te cortó a la mitad. Tu amigo no vaciló ni por un momento… —Palpatine reía agriamente—. ¿O tal vez te molestó más cuando desertó de tus estudios para irse conmigo…? —Palpatine hizo una pausa para disfrutar la perturbada mirada en la cara de Kenobi—. Oh… pero estoy seguro de que esas heridas las curó el tiempo.

Palpatine miró la cara de sus compañeros cuidadosamente. Pareció que sus palabras habían herido a Anakin con éxito, mientras el mismo Anakin evitaba el encuentro de sus ojos con los de Kenobi. Kenobi parecía no tener nada que ofrecer. Con evidente disconformidad, también evitaba el contacto de sus ojos con los de Anakin. El evidente sentimiento de dolor y culpa que se podía sentir en el ambiente, calmaba a Palpatine. Él siempre había disfrutado del dolor de otros. Con el poder del Lado Oscuro, él hubiese sido capaz de alimentarse de ello. Pero ahora, ciego de Fuerza, lo único que podía sentir era el obvio conflicto que había creado en su pequeño y volátil grupo. Rápidamente, tomó ventaja de la situación.

—Anakin… —hablaba Palpatine con agria suavidad—, …no me dirás ahora que has perdonado a tu primer Maestro. Cuando yo fui tu Maestro me confesaste lo mucho que lo odiabas. Sí… tu odio… era tan…, …tan profundo. Me contaste de cómo luchó contigo en Horuz, y de cómo te hirió con su sable de luz. ¿Es lo que un Maestro y su amigo harían? Te dejó casi muerto… y fue cuando te salvé. Y entonces… —Palpatine bajo su voz hasta convertirla en susurro—, …robó a tu hijo, y se los dio a otros para que lo criaran. Nunca tuviste oportunidad de verlo. Lo escondieron de ti y lo volvieron en tu contra.

Palpatine pudo ver que el último comentario había tocado una fibra sensible. La cara de Anakin se derrumbó al mismo tiempo que parecía envejecer diez años. Incapaz de encarar a Palpatine, Anakin le habló a los muros de piedra de la cueva. Su voz se quebró y la bola de luz que sostenía parecía disminuir su brillo.

—Mi hijo… encontró el bien en mí. Y mi hija me perdonó.

—¿Pero es eso suficiente para enmendar el que te lo haya robado? —Palpatine presionaba. No hubo respuesta.

Entonces Yoda habló de nuevo, calmadamente.

—La rabia, del Lado Oscuro, es. Servir a él, no hacemos.

El Emperador hizo ver su desprecio.

—Bah!, vosotros sois todos unos patéticos! Demasiado débiles incluso para enfrentar su propia rabia. Nunca entenderán el valor de la ira. Vive en vosotros pero están temerosos de encararla! Actúan como si Vader no mereciera vuestra rabia después de todo lo que le hizo a la galaxia, a la Orden Jedi! Son unos… tontos! Merecen ser destruidos por esos Jedi de allá afuera. Al menos ellos saben que hacer con la rabia que sienten. Así cuando me destruyan, moriré en las manos de alguien que la entiende. Gente que me odia así como los odio yo. Sí… de la forma en que te odio —Palpatine se tornó hacia Yoda—. Si aún tuviera mis poderes del Lado Oscuro, te destruiría por instruir a Luke Skywalker.

Yoda permaneció pasivo. Apuntando con un dedo a Palpatine, respondió calmadamente:

—Poder llegaste a tener y destruirme no pudiste. Ya no eres el Emperador. Vanagloriarte… —sacudió su cabeza— …en vano lo harás.

—Sobreviviste escondiéndote como un cobarde. —Palpatine

continuaba—: Igual que Kenobi. —Encaró al tenso Obi-Wan, mientras retotnaba a su asalto verbal—. Cuando mi Purga barrió la galaxia limpiándola de la escoria Jedi, te escondiste en Tatooine, para ayudar a Skywalker. Solo desee que te hubieses quedado escondido. Tu interferencia me costó un alto precio. Ayudaste a Skywalker a destruir mi Estrella de la Muerte. Y a la otra niña que secretamente escondiste, Leia, robó mi holocron y se las arregló para sacar a su hermano del Lado Oscuro. Pero tu no ves tus fallas, ¿O sí, mi viejo enemigo? Solo ves tus logros. ¿No recuerdas que te maldijiste a ti mismo por lo que llamaste la caída de Anakin, y pasaste años tratando de enmendar lo que también llamaste un error? No tengo nada en contra de tu menosprecio y sentimiento de culpa. El despertar de los verdaderos poderes de Anakin no fue tu falla, fue mi hazaña!

Kenobi se rehusaba a darle argumentos. Miraba a Palpatine con un deje de disgusto que era evidente.

—Pensáis que son distintos a mí —decía Palpatine—, Pero no lo son. Asegúrenme que nunca tuvieron rabia cuando me llevé a Anakin conmigo. Díganme que no disfrutaron, aunque sea un poco, la destrucción de mi estación de batalla. Díganme que no estuvieron satisfechos de su venganza. Díganme que no había ningún rastro de rabia cuando entrenaron a Luke Skywalker como un arma contra mí. Confiesen esa sensación de satisfacción que sintieron cuando su plan fue un éxito al ver como me destruían en mi segunda Estrella de la Muerte, al ser lanzado al corazón de esta por mi antiguo sirviente. Díganme que nunca sintieron lo que yo siento… y les diré que es mentira…

La mirada de Kenobi se tornó dura al mismo tiempo que respondía fríamente.

—¿Crees que no sabemos lo que tratas de hacer? Te conocemos demasiado bien. Aún y estando todos bajo el mismo peligro, atacas a los que tratan de ayudarte con el único propósito de hacerles daño. Esperábamos eso, y no dejaremos que nos dividas. Solo tendrás poder sobre nosotros si te lo permitimos, y eso no va a pasar. Ya subestimamos tu astucia una vez, no pasará de nuevo.

Palpatine quedó silente. Empezó a darse cuenta que se había equivocado. Casi tuvo éxito al tratar de colocar a Kenobi contra Anakin y viceversa. Pero al tratar de hacerlo lo único que logró fue

hacerles ver que él era el verdadero enemigo. Por ahora, había fallado al tratar de herirlos. Pero siempre habría tiempo para una segunda oportunidad. Tal vez Obi-Wan y Anakin eran demasiado fuertes. Yoda parecía ser el más débil de los tres físicamente. No solo era un alien, sino que también era pequeño y extremadamente viejo. Tal vez, si aguardaba por el momento indicado…

Palpatine se dio la vuelta y caminó hacia las sombras de la cueva, dando señales de haberse rendido temporalmente. Encontró una larga roca plana donde establecerse, y recogiendo su túnica se recostó sobre la piedra dándole la espalda a los Jedi. Sí, necesitaba descansar esta vez. Tenía una invalorable oportunidad aquí. Pronto moriría a manos de la Legión Jedi, pero antes del fin le cobraría a sus grandes enemigos por lo que estos le había hecho a él. Era una pena que el joven Skywalker no estuviese aquí. Pero Yoda, Anakin y Kenobi serían buenos sustitutos. Tal vez los traicionaría cuando contaran con él para darles cualquier ayuda que necesitaran. No sería tan malo ser ejecutado por la Legión Jedi si se llevara consigo a la muerte a tres de sus más odiados oponentes. Solo necesitaba esperar. Una oportunidad así se le presentaría. Ellos piensan que estoy indefenso, pensaba Palpatine. Se darán cuenta que están equivocados… en todo.

* * *

Aún recostado y escuchando inmutable las conversaciones de los otros, Palpatine aprendió varias cosas útiles acerca de su nuevo ambiente. Anakin y sus compañeros habían permanecido escondidos en esta cueva por varios días. Era uno de los varios lugares de refugio que habían encontrado en las colinas. Debido a que la Legión Jedi los buscaba incansablemente, se veían forzados a cambiar de lugar a menudo. En cada lugar al que iban, uno se permanecía vigilando, mientras que los otros dos dormían. Palpatine todavía no sentía la necesidad de dormir, pero al ver a los otros pudo determinar que una vez que se acostumbre a la nueva realidad, será necesario descansar periódicamente. Esta necesidad era seguida por el ciclo de oscurecimiento del extraño cielo. Pero lo más oscuro que llegaba a ponerse el extraño cielo, era una especie

de sombreado y polvoriento ocaso. Eso no detendría a la Legión Jedi en su búsqueda.

De momento Yoda y Kenobi se recostaban para descansar en las arenosas áreas de la cueva. Anakin fue hasta donde se encontraba Palpatine y sin vergüenza alguna, lo tomó por el brazo y le dio un tirón hasta ponerlo de pie. Palpatine se tragó su dignidad sin comentarios. Ahora, eran los tiempos de Anakin.

—Vigilarás conmigo —ordenó Anakin. Sin decir más palabras empezó a subir por una escalerilla natural de piedra en una de las paredes de la cueva. Iluminó el camino con una bola de luz hecha de la Fuerza. A medida en que subía con la bola de luz en sus manos, la cueva se iba llenado de sombras; hasta llenarla completamente de oscuridad al desaparecer por el final de la escalerilla.

Palpatine se maldijo a sí mismo mientras empezaba a seguirlo, tropezándose con el empedrado suelo en la oscuridad de la cueva. Tanteando en tal oscuridad, encontró el comienzo de la escalerilla. Escaló hasta encontrarse con Anakin en la cima. El antiguo Sith Lord había apagado su bola de la luz, pero quedaba una opaca luz que venía del bizarro cielo. Era otra entrada hacia la cueva, pero estaba completamente cubierta de una montaña de piedras. Se habían dejado agujeros entre las piedras para poder observar a través de ellas. Palpatine se posicionó en un pequeño espacio, y vio a través de uno de los agujeros. La vista de los alrededores era excelente debido a la altura.

—Busca un lugar donde sentarte —aconsejaba Anakin—, será una larga noche.

—¿Estarán allá afuera? —preguntó Palpatine.

—No lo sé —dijo Anakin—, Ellos son Jedi… nosotros somos Jedi… ambos sabemos como escondernos los unos de los otros eficientemente. Tanto ellos como nosotros podemos neutralizar cualquier uso de la Fuerza en la búsqueda. Es irónico, pero nos favorece el que nos busquen físicamente.

—¿Los han localizado antes?

—Han estado muy, muy cerca… pero no.

—Anakin —dijo Palpatine después de un rato—, Hay algo que he querido preguntar.

—Pregunta si crees que debes…

—¿Dónde están tus cicatrices, viejo amigo? ¿Dónde están todas esas marcas que el Lado Oscuro dejó en ti? Yo aún las poseo, pero veo que tu no.

Anakin miró a Palpatine en la poca luz que había.

—¿Es ésa la pregunta? —murmuró—, Puedo responderla fácilmente. Este no es el mismo tipo de universo en el que vivíamos. Las reglas son diferentes, el tiempo es diferente. Aquí los pensamientos tienen poder. Tu apariencia externa está determinada por cómo te ves a ti mismo internamente. Con solo concentrarte un poco puedes llegar a cambiar tu apariencia externa. Puedes cambiar esa horrible apariencia que tienes, aunque no puedo negar que tu cara es el perfecto reflejo de tu alma.

Palpatine se disgustó profundamente.

—Me supongo que es el temor el que te hace hablarme tan francamente como yo te hablé. Desearás no haber molestado de esta forma a tu Maestro. El momento vendrá, en el que te haga pagar por cada palabra tuya de desobediencia.

Anakin contemplaba el plateado y tranquilo ocaso.

—Ese momento ya terminó.

Después de una pausa agregó:

—Debemos quedarnos tranquilos, no tiene sentido el que le hagamos la cosas más fáciles a nuestros perseguidores.

Palpatine se quedó contemplando a Anakin durante un rato. Anakin solo observaba a través de los agujeros de las rocas. El caído Emperador se sentó y meditó las palabras de Anakin mientras miraba vigilante las sombreadas colinas. Si lo que dijo Anakin era cierto, podía despojarse de esa apariencia de anciano inservible que tenía; como si se estuviera transfiriendo a uno de sus jóvenes clones en Byss. Solo había una forma de saberlo. Cerró sus ojos y comenzó a concentrarse. Antes, estando en Byss, él se habría liberado de ese viejo cascarón y despertaría en un fuerte y glorioso cuerpo nuevo. Cuando se miraba al espejo, siempre quedaba complacido por los resultados. Él recordaba el dorado pálido de su tono de piel, que combinaba con sus brillantes ojos amarillos. Su lisa y lampiña cara de aspecto aristocrático. De amplia frente y de cabeza coronada con una suave, gruesa, corta y dorada cabellera adornada con su peculiar pico de viuda. Debajo de su larga y recta nariz, se encontraba su sinuosa boca y una fuerte barbilla. Su sola apariencia

era un poder seductivo. Había sido poderosamente atractivo a todas sus concubinas. Pero algo que nunca cambiaba eran sus penetrantes y perturbadores ojos amarillos. No se había oído nunca de otro humano que los tuviese, pero nadie tampoco se motivó a averiguar la existencia de algún alien en su árbol familiar. Para Palpatine, sus orígenes no eran importantes. Él solo disfrutaba la forma en que la gente se inquietaba al verlos.

Se imaginó el joven cuerpo de su clon. Esa no había sido su apariencia real a los treinta, pero la ciencia de clonación le había permitido hacer todas las modificaciones estéticas que él deseara. Abrió sus ojos. Al principio pensó que nada había cambiado. Su negra túnica seguía siendo la misma. Entonces, deslizó su mano por una de las aberturas de la túnica. Estaba suave y joven. Sonrió, y pudo sentir la diferencia en su cara. Había funcionado. Los jóvenes ojos de Palpatine se encontraron con los no tan jóvenes de Anakin.

—Bien hecho —dijo Anakin—, combina con tu ego.

Cualquiera que haya sido la respuesta de Palpatine, fue opacada por la alerta de Anakin:

—Silencio!, vi a algo moverse allá afuera. Debemos salir de aquí. Ve y despierta a los otros. Diles que la Legión Jedi está cerca.

Palpatine comprendió y empezó a moverse, ahora más vigorosamente que antes; descendió rápidamente la escalerillas. A medio camino se dio cuenta de que la oportunidad de hacerles daño a sus enemigos estaba frente a él. Anakin estaba fuera de vista, Kenobi y Yoda estaban durmiendo. Mientras terminaba de descender la escalerilla, decidió que Yoda sería su objetivo. Palpatine le dio poco crédito a la reputación de Yoda como Maestro Jedi, lo veía solo como otro Maestro más del débil Lado Iluminado. Después de todo, Fuerza o no Fuerza, la fea criatura estaría indefensa mientras dormía. El diminuto alien se había ganado la ira de Palpatine. ¿Cómo se atrevía esa pequeña cosa a decir que el Emperdor no podía destruirlo? Una sola dosis de Rayo de la Fuerza y reduciría ese pacífico lagarto a una humeante y verde montaña de ceniza. O de haber sido posible, con un solo disparo de la Estrella de la Muerte hubiese destruido cualquier planeta al que haya ido a esconderse. Tristemente no tenía ninguna de estas armas a su mano en estos momentos. Pero armas primitivas funcionarían. Habían muchas rocas de gran tamaño a sus pies. Estaba a instantes de

golpearle la cabeza y dejar esparcido todo su púrpura cerebro. La Legión Jedi pronto estaría sobre ellos, pero les haría saber que el Emperador Palpatine todavía sabe tratar a aquellos que se atrevan a oponérsele. Y ¿Quién dice que no podría tomar por sorpresa a uno o dos Jedi de la Legión y mandarlos al olvido antes que ellos lo hagan con él?

Palpatine caminó hacia el centro de la cueva. Sus ojos se adaptaron a la falta de luz y logró divisar una roca dos veces más grande que su cabeza… Con su joven cuerpo logró levantarla con un poco de esfuerzo. Rodeó la piedra con sus brazos y la levantó del suelo de la cueva. Sonaron algunas piedras y se detuvo, pero ni Kenobi ni Yoda se despertaron. Cuidadosamente se acercó hasta donde estaba durmiendo el Maestro Jedi.

Había pasado mucho tiempo desde su último encuentro con Yoda. ¿Fue tal vez en el Senado? Durante mucho tiempo te esforzaste por entrenar Caballeros Jedi y ¿Qué obtuviste? Sabías quién era yo y aún así destruí a todos tus estudiantes. Todos excepto uno. Y este me destruyó a mí. ¿Estás orgulloso de tu joven Skywalker por eso? ¿Estás soñando con él en estos momentos? Patética criatura! Nadie me reta y sobrevive. Te dije que te asesinaría por entrenar a Skywalker, y ahora cumpliré mi promesa. Si solo Luke estuviera aquí para ver esto. Y ahora… anciano Maestro… muere.

Palpatine levantó la piedra por encima de su cabeza y la soltó sobre la de Yoda. Pero la piedra no descendió. Era imposible, estaba suspendida en el aire. Palpatine la empujó con todas sus fuerzas pero la piedra no se movió. Bajó su mirada y vió a Yoda. El Maestro Jedi estaba despierto, recostado boca arriba mirando a Palpatine.

Calmadamente Yoda habló con su rasposa voz:

—Grande tu ira es, pero no fuerte. No me atacas solo a mí, Emperador, de aliado la Fuerza tengo. Un fuerte y vigilante aliado es, deberías tu saber…

Palpatine continuó empujando frenéticamente la piedra mientras su cara se hundía en ira. De repente la piedra comenzó a elevarse aún y cuando Palpatine la cubría firmemente con sus brazos tratando de empujarla hacia abajo. Sus pies empezaron a levantarse del suelo viéndose forzado a soltar la roca. La piedra dejó de elevarse y se movió hasta quedar encima de la cabeza de Palpatine.

La sorpresa acerca de lo que estaba pasando era completamente visible en la cara de Palpatine. Sin aviso alguno, la piedra cayó sobre él. Saltando hacia atrás, pudo evitar el misil que caía sobre él. La piedra cayó pesadamente partiéndose al contacto con el piso en el mismo sitio en el que segundos antes, Palpatine había estado parado.

Yoda vio con cara serena como Palpatine se reincorporaba de su impresionante experiencia con su dignidad aún en el suelo. Durante un largo momento Palpatine se quedó sin habla. Entonces, apretó sus dientes y gruñó:

—No te temo. —Los párpados de Yoda cayeron hasta la mitad de sus ojos y sus orejas se doblaron hacia abajo. Los pequeños y afilados dientes de Yoda se dejaron ver mientras bajaba su mirada. De algún modo la apariencia de la pequeña criatura parecía amenazante—. Mmmmm… deberías —dijo Yoda—, deberías…

—¿Qué está pasando aquí? —reclamó Anakin, bajando por la escalerilla.

—Nada que no pueda controlar —respondió Yoda.

—Envié a Palpatine para decirles que la Legión Jedi está cerca. Uno de sus exploradores está en el área. Debemos salir de aquí antes que encuentren el refugio.

Kenobi apareció a su lado, despertado por el alerta.

—Debemos irnos inmediatamente! —dijo Obi-Wan— Síganme todos hacia la puerta trasera, rápido!

Anakin subió a Yoda en sus amplios hombros, y corrió tras Kenobi. Palpatine, se gruñó así mismo por la humillación, sin embrago los siguió. Obi-Wan los llevó por un túnel hasta el final de la cueva. Después de una corta distancia, se abrió hacia una estrecha hondonada. Ellos corrieron por dicho pasaje hasta que un muro de piedra les cortara el camino de donde habían venido. Los fugitivos corrieron hasta el borde de un risco desde donde se podía ver la pendiente y la llanura debajo de éste, habían salido de la cueva. Palpatine creyó que lo único que habían hecho era exponerse al peligro en vez de haber escapado de él. Al mismo tiempo un grito rompió en el aire. Detrás de ellos y encima de una meseta se podía ver una figura moviendo sus brazos mientras gritaba con voz segura.

—Jedi!! Jedi!! Vader!! Palpatine!! Aquí están!! Vengan Jedi!!

Palpatine agarró a Kenobi mientras corrían.

—Imbécil —le gritó— Nos han encontrado, ¿Por qué salimos de la cueva? ¿Por qué no nos escondimos?

—No tuvimos opción —le respondió Kenobi, ¿Hubieses preferido quedarte allí como rata en su agujero? Esta era la única salida. Además esto es parte del plan. Ahora que te tenemos no necesitamos escondernos. Solo necesitamos llevar a la Legión Jedi a la trampa que les hemos preparado.

—¿Qué trampa? —gritó Palpatine—. ¿Qué se supone que haré para ayudar, miserable Jedi? No tengo ningún poder de la Fuerza! ¿Cómo pretendes que me enfrente con todos esos Jedi? Estás loco, sí, eso es! Me estoy dejando llevar hacia una masacre por un grupo de idiotas sicóticos.

—Y tu eres un tirano sádico y paranoico —respondió Kenobi—, pero tu peor defecto es que nunca te callas y escuchas! Hay un plan, y tu nos puedes ayudar. De hecho eres el único que puedes hacer lo que se debe.

—Aquí vienen! —alertó Yoda. Cabalgando en los hombros de Anakin, era capaz de ver lo que estaba pasando detrás de ellos. Palpatine sintió un escalofrío. Él no podía ser capturado. Los fugitivos empezaron a calcular el tiempo de encuentro.

Lo pequeño del grupo les había permitido salir rápidamente de la cueva a través del túnel. Un grupo grande de perseguidores se retrasaría un poco mientras trataban de entrar a la cueva para después salir por el otro lado. Por lo tanto, lo lógico sería que saldrían uno a la vez; eso les daría un poco más de tiempo a los fugitivos.

Palpatine se arriesgó a mirar hacia atrás para darse cuenta de que sus cálculos de nada habían servido. La Legión Jedi no estaba entrando a la cueva sino que cientos de ellos se estaban congregando en la cima de la cueva para luego descender suavemente con la Fuerza. Entre los que descendían Palpatine logró distinguir un ser de forma esférica con cortos brazos. Era Empatojayos Brand. El Jedi que lo había asesinado y traído hasta este mundo, venía a terminar su trabajo. Palpatine desvió la mirada y se forzó a correr más rápido.

De nuevo se colocó a la par de Kenobi.

—Si tienes un plan, anciano, será mejor que me lo digas. O

estamos acabados. La Legión caerá sobre nosotros como avalancha.

—Casi llegamos a donde tenemos que estar —le respondió Kenobi—, Necesitamos que estén cerca de nosotros. —Kenobi trataba de encontrar los ojos de Palpatine mientras ambos corrían —. No te dijimos antes cual era tu rol, porque sabíamos que nos traicionarías al tener la oportunidad. Pero ahora no tienes opción, Palpatine. O nos ayudas o mueres… —Kenobi apuntó a una planicie en frente de ellos—. Una vez que lleguemos allí, seremos capaces de destruir a la Legión Jedi.

—¿Matarían a sus compañeros Jedi solo para salvarse? —reprimió Palpatine—. Eso no los hace muy Jedi. ¿O si? Así que sois iguales a mí después de todo…

—Ellos ya no son Jedi —gritó Kenobi irritadamente—. Ellos asesinarían a Anakin, que es uno de ellos, traicionando así todo en lo que un Jedi debería creer. Se han volcado al Lado Oscuro en sus corazones, están perdidos. Merecen morir. Pero nosotros no seremos sus verdugos. Tu serás el arma con la que los destruiremos. Tu acabarás con ellos.

Palpatine no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Lo haré? ¿Con qué? —Se reía histéricamente Palpatine mientras un incrédulo temor crecía dentro de él—. ¿Con mis desnudas manos? Las piedras no me funcionan muy bien —gritaba y hacía emerger su viejo sarcasmo— ¿Dónde fue que dejé mi sable de luz? Oh no!, lo dejé en la cueva. ¿Alguno de vosotros me puede prestar el suyo?

Kenobi lo ignoró.

—Este reino se intercepta con otro reino opuesto, el de Lado Oscuro. Allá abajo cerca del portal, un sirviente del mal puede usar sus poderes del Lado Oscuro. Pero solo en ese lugar. Es tu única oportunidad de demostrarnos qué tan fuerte eres, gran Emperador. ¿Podrás contra unos cientos de Jedi? ¿Lo harás para salvarte de las manos de tus viejos enemigos?

Palpatine estaba impactado. Nunca se hubiese esperado esto. Allí estaba la oportunidad había estado esperando. El poder del Lado Oscuro iba a ser suyo… de nuevo. Sus miedos y odios empezaron a alimentarse creando una fuente de vasto poder destructivo, que desataría en una Tormenta de Fuerza. Su disfrute era tal que no pudo contener su risa, esta vez de triunfo.

—¿Qué se supone que me detendrá de destruirte a ti, a Anakin y a Yoda después de que acabe con Brand y su ejército? —Palpatine preguntaba acerca de la dolorosa pero obvia incógnita, imaginándose la estúpida respuesta que obtendría—. Continuaremos alejándonos del portal —dijo Kenobi— Tu te quedarás detrás y los atacarás cuando te atrapen. Estaremos fuera de rango para ese momento. Una vez que los derrotes, tomaremos caminos separados.

Sí, esa era la respuesta que esperaba. Su ignorante aliado no conocía nada acerca del poder de la Tormenta de la Fuerza que Palpatine había descubierto después que Kenobi y los otros Jedi habían muerto. El verdadero rango de alcance del poder de Palpatine podía darle una gran sorpresa a sus compañeros fugitivos. No habría lugar donde esconderse. De repente empezó a preguntarse si todo esto era un plan para dejarlo atrás y ser asesinado por los Jedi mientras los demás escapaban. Tal vez no había portal ni poder del Lado Oscuro. Pero eso no tenía sentido. Palpatine hubiese sido el primero en morir en ese caso. Una vez que ellos capturaran a Palpatine, la Legión Jedi no pararía de perseguir a Darth Vader. Y si Kenobi lo quería para tornarlo en contra de la Legión, simplemente no lo hubiese ayudado a escapar como lo estaba haciendo ahora. Esto no sería una simple traición contra él.

Una vez que Palpatine sintió que algo muy profundo le decía que las palabras de Kenobi eran ciertas, empezó a ver que estaba conteniendo toda su ira y temores; había olvidado como se hacían desde que perdió sus poderes. Lentamente una familiar energía empezó a arder en su centro vital. Sus ojos se centraron en el plateado cielo. Arriba se encontraba un pequeño agujero oscuro que lentamente se expandía. Alrededor del vacío, el cielo comenzó a girar. Golpeado por el vértigo, Palpatine sintió como si el estuviese parado sobre el cielo, mirando hacía bajo viendo como si un gran océano fuera tragado por un pozo sin fondo.

Ese era el portal del reino del Lado Oscuro. Instintivamente, Palpatine sabía que más allá de ese portal se encontraba un mundo infinito de locura y terror al cual siempre le había temido. Y estaba tan cerca… tan cerca de él, que podía sentir su hambre. Quería tomar a Palpatine, quería reclamarlo, tomar lo que le pertenecía. Todos estos años, antes de morir, Palpatine había usado ese poder

para sus propias necesidades y propósitos. Ese reino había estado esperando el momento justo para cobrarle. El Lado Oscuro le había quitado a Palpatine su juventud y su vitalidad, asegurándose así que eventualmente muriera y poderlo reclamar. Pero Palpatine lo había evitado una y otra vez, transfiriéndose a sus clones y evitando así su destino. Ahora él podía sentir que era atraído por el Lado Oscuro. No había sido suficiente el que él se alimentara con la ira y el temor de la atormentada galaxia. Eso era solo parte de su servicio para con el Lado Oscuro. Pero el precio que siempre demandaba el Lado Oscuro, era personal. Había consumido a todos sus sirvientes hacia el fin.

Palpatine se detuvo al llegar al punto directamente debajo del vórtice. No notó que Anakin, Yoda y Kenobi siguieron corriendo hacia la planicie. No se percató del sonido de la Legión Jedi acercándose. Solo tenía ojos para el hipnótico portal. El cielo seguía dando vueltas en círculo, sin parar. El agujero oscuro seguía expandiéndose pero ahora acompañado de luminosos relámpagos.

Palpatine sintió el llamado de su Maestro, pero también sintió que no tenía que ir. Que podía quedarse allí si quería. Palpatine tenía su poder de nuevo. Él permanecería allí para destruir a la Legión Jedi, sirviendo así al Lado Oscuro de la forma en que lo había hecho antes. Él pudo haber asesinado en ese instante a Anakin y los otros. ¿Pero entonces qué? ¿Iría hacia su muerte entrando al portal? No, seguramente había otra forma. Tal vez él podía abrirse un agujero a través del tiempo y del espacio, y retornar así hacía la galaxia de donde vino. El Lado Oscuro podía esperar por su pago. Podía esperar hasta que Palpatine quisiera. Pero de ser así, ¿Podía el Lado Oscuro en verdad hacerse llamar su Maestro? ¿O sería un sirviente más del Emperador después de todo? Lo que importaba ahora era que tenía su poder de nuevo. Era hora de poner a esos Jedi en su lugar.

Palpatine levantó sus brazos. Un viento frío comenzó a soplar a su alrededor mientras concentraba energías en sí mismo. Fácilmente, las palabras que había grabado en el Libro de la Ira, vinieron a él.

La ira, concentrada por su voluntad en el centro vital de su cuerpo, creó un portal a través del cual vastas energías serían desatadas; las energía del Lado Oscuro de la Fuerza.

—Vigilante con mi mente, en mi meditación de ira. He acabado con mis enemigos a grandes distancias, a través del poder del Lado Oscuro que reside en la galaxia. Usando este conocimiento, puedo desatar esas fuerza del Lado Oscuro que nos rodean. De esta forma he creado las tormentas.

Palpatine grabó estas palabras después de su victoria sobre Urn Zelotes y sus otros adeptos, quienes se habían tornado en contra de Palpatine en Byss. Para derrotarlos, había creado una Tormenta de Fuerza lo suficientemente grande como para acabar con una ciudad. Para el momento en que se enfrentó a Luke y Leia, Palpatine había sido capaz de generar una Tormenta de Fuerza tan enorme que podía tragarse una flota entera de naves estelares. Parado debajo del portal del Lado Oscuro, él tenía acceso al poder en su forma más pura. La Legión Jedi, la cual había creado un gran círculo alrededor de Palpatine, no tenía ninguna oportunidad. Palpatine se reía mientras los Jedi lo rodeaban. Él los oía hablar pero no distinguía palabras. Nada de lo que dijeran tenía importancia. Pronto iban a estar muertos.

Arriba de sus cabezas, el enorme remolino parecía responder al llamado de Palpatine. Parecía girar cada vez más rápido, poco a poco iba tomando la forma de un embudo; donde la parte más estrecha caía sobre Palpatine. En el centro, el gran agujero oscuro relampagueaba. Un retumbante sonido comenzó a sentirse y a incrementrarse, el suelo empezó a temblar. El viento movía sus túnicas mientras el cielo era cortado una y otra vez por relámpagos.

—Yo soy el Emperador Palpatine! —gritó—, El más grande Maestro del Lado Oscuro que ha existido. Escúchenme Jedi. Yo soy su fin. Ahora y por siempre.

* * *

Empatojayos Brand estaba atónito ante el espectáculo que se estaba produciendo delante de él. Sus seguidores Jedi habían rodeado al Emperador como estaba planeado, tomándose de las manos y creando una especie de anillo. Kenobi, Anakin y Yoda se habían dado la vuelta y unido al círculo. Mientras que en el centro se desenvolvía una especie de desastre natural. El nivel de ruido se

había vuelto casi insoportable debido al retumbar del portal, al temblor del suelo y a los constantes estruendos y relámpagos. En el medio de todos, se encontraba Palpatine con sus brazos levantados. Se veía como uno de sus jóvenes clones, los cuales Luke Skywalker pudo ver y describir. Pero Brand pudo observar como la cara de Palpatine cambiaba, estaba volviéndose vieja, arrugada, decrépita; casi parecía un acto de derretimiento. Ahora se parecía más al viejo Palpatine que Brand había conocido en Onderon. El Emperador se reía de Brand y sus Jedi, su risa estaba llena de punzante desprecio. Brand se preguntaba cómo Yoda había logrado pasar algún tiempo cerca de ése monstruo.

En respuesta a la risa del Emperador, Brand habló a sus Jedi de forma fuerte y clara.

—Compañeros Jedi. Este momento de grandeza será recordado por siempre en el Lado Iluminado de la Fuerza. Tenemos ante nosotros el enemigo que nos destruyó en vida. Tenemos el poder para destruirlo aquí y ahora. Pero no seríamos muy Jedi. Nosotros somos Jedi! Servimos a la Luz. Nosotros no destruimos, nosotros preservamos y redimimos. Se nos ha dado una extraordinaria oportunidad hoy de vivir por nuestros ideales. Podemos reclamar y redimir a nuestro más grande enemigo. Recuerden el Código Jedi.

—No hay emoción, hay paz.

—No hay ignorancia, hay conocimiento.

—No hay pasión, hay serenidad.

—No hay muerte, hay Fuerza.

Cientos de voces repetían el Código Jedi al mismo tiempo que Brand. Brand notó que la voz más alta y clara era la de una mujer que estaba a su lado, y quién había sido la responsable de todo este plan. Sin ella, esto no hubiese sido intentado. Pero su persuasión y su bondad, les había demostrado lo contrario. El corazón de Brand se estremeció cuando ella pronunció las frase:

—No hay muerte, hay Fuerza.

Pero el irritado Emperador lanzó una odiosa respuesta al acto de los Jedi.

—Soy el Emperador Palpatine, el más grande Maestro del Lado Oscuro que ha existido. —Brand pensaba en el gran dolor que debía estar sintiendo esa gran mujer al ver este espectáculo. La valentía de esa mujer era inmensa.

—Escúchenme Jedi, Yo soy su fin, ahora y por siempre.

Ante desafiantes palabras, la mujer al lado de Brand le soltó la mano a este y las levantó en dirección de Palpatine. Hizo un gesto y de sus manos brotó una deslumbrante luz en forma de lanza, de forma y brillo semejante a la de un sable de luz. Todos los demás Jedi hicieron lo mismo. El portal se acercaba a Palpatine. Violentos rayos golpeaban el suelo alrededor de Palpatine. Estos eran aún más brillantes que las lumínicas lanzas que estaban produciendo los Jedi. Los Jedi, mientras apuntaban a Palpatine con sus brazos, avanzaban hacia el Emperador.

* * *

El círculo de Jedi aproximándose captó por fin la atención de Palpatine. El poder del Lado Oscuro estaba con él y estaba dispuesto a desatarlo contra sus atacantes. Primero crearía un campo de energía para detener cualquier ataque Jedi. Luego, una ola de Rayos de la Fuerza, para hacerlos retroceder. Finalmente una Tormenta de Fuerza descendería sobre ellos y los acabaría. Pero nada estaba pasando. El Lado Oscuro no estaba respondiendo sus pedidos. Parecía que lo único que hacía el Lado Oscuro era reclamarlo. Los Jedi continuaron avanzando, eran más de doscientos Jedi y lanzas. La brillantes armas eran bastante largas y todas juntas creaban una cegante luz. Palpatine podía ver a los Jedi y sus lanzas cada vez más cerca. Entre los Jedi se encontraban Anakin, Kenobi y Yoda. Imposible! Eso quería decir que todo lo que le habían dicho era una mentira! ¿Cómo pudo haber sido engañado tan inocentemente? Solo tuvo un instante para darle una última mirada de odio a Anakin antes que las lanzas entraran en él.

Cada parte de él fue penetrada, pero sabía que no eran armas naturales. No abrieron su piel. Lo atravesaban sin cortarlo. Estas armas de luz no eran armas de destrucción. Eran en cambio instrumentos de curación. Ellas atacaban la Oscuridad de Palpatine. Fue penetrado con tantas lanzas de luz que su interior se iluminó. Su cuerpo se volvió translúcido revelando el conflicto de Fuerzas que se estaba produciendo dentro de él. Las lanzas trataban a la Oscuridad como una infección a la cual arrancaban de raíz y la

destruían casi a la perfección. Las energías del Lado Oscuro se rompían y fragmentaban escapando del cuerpo de Palpatine en forma de espectros.

Por encima de Palpatine, el gran vórtice negro giraba. Cuando el poder del Lado Oscuro era cortado, este se levantaba como fuego y humeaba hacia el iluminado remolino. El reino del Lado Oscuro se estaba alimentando de cada espectro y sombra que salía del cuerpo de Palpatine. Palpatine siempre se preguntó si el Lado Oscuro era energía viviente o meramente un aspecto del campo de energía galáctico. Nunca fue capaz de saber la respuesta. Ni siquiera los Jedi habían podido descifrar acerca de su verdadera naturaleza. Lo único que entendían era que estaban alejando al Lado Oscuro y lo estaban alejando empleando una increíble fuerza.

El vórtice continuó esparciendo rayos contra el suelo. Algunos Jedi eran golpeados por estos y caían desvaneciéndose así sus lanzas. Pero quedaban más que suficientes para completar la tarea.

Para Palpatine la experiencia era profundamente dolorosa. Cada capa de su alma estaba siendo cercenada. Ya no veía a los Jedi a su alrededor. Vívidas visiones venían a él, mostrándole partes de sus recuerdos que se estaban perdiendo…

…Se veía a sí mismo sosteniendo un sable de luz sobre la garganta de un derrotado Luke Skywalker; entonces la escena se esfumó y así también ese recuerdo.

…Se veía a sí mismo riéndose de cómo los adeptos de la ciudad de Velarium eran acabados con su primer Tormenta de Fuerza; luego, tanto escena como el recuerdo, se desvanecieron

…Se veía a sí mismo a bordo de su segunda Estrella de la Muerte usando los Rayos de la Fuerza contra Luke Skywalker; entonces desaparecía, ni siquiera había existido.

…Se veía a sí mismo sacudido por el poder del Lado Oscuro después de la destrucción del planeta Alderaan; pero también desapareció.

…Se veía a sí mismo con el holocron de Ashka Boda, evitando su muerte y transfiriéndose a uno de sus clones; pero el recuerdo fue arrancado de él.

…Se veía a sí mismo dirigiendo la Purga Jedi desde el Palacio de Coruscant. Las lanzas de luz habían amputado ese parte de su vida también.

…Se veía a sí mismo declarándose Emperador de la Galaxia; el recuerdo fue destruido inmisericordemente.

…Se veía a sí mismo usando la Fuerza para colocar el casco sobre la cabeza del arrodillado Darth Vader; el recuerdo fue consumido.

…Se veía a sí mismo como Presidente del Senado, ingeniando la caída de la República; el recuerdo se extinguió.

…Se veía a sí mismo aprendiendo, de sus Maestros Sith, los secretos del Lado Oscuro de la Fuerza; el recuerdo se perdió.

…Finalmente se vio a sí mismo como un niño siendo arrancado de los brazos de su padre por los Sith y escogido por el Lado Oscuro para ser su más grande sirviente.

Ese recuerdo fue la último cosa que pudo ver Palpatine. El portal descendió, y su cuerpo estaba rodeado por un tornado, una especie de tormenta de oscuridad. La fuerza del tornado hizo retroceder a los Jedi, muchos de ellos salieron expelidos. El vórtice terminó de descender sobre Palpatine, tragándoselo. Entonces el vórtice comenzó a elevarse, a alejarse del suelo. Disminuyó su intensidad, los relámpagos dejaron de caer. Gradualmente el suelo dejó de sacudirse. El portal en el cielo empezó a reducirse. Lentamente el negro agujero disminuyó su tamaño hasta el de un punto, presente pero no visible. El plateado cielo volvió a su normalidad. Y debajo de él, cubierto por una túnica que parecía excesivamente grande para él, había un pequeño niño.

De blanca piel y seria cara. Su dorada cabellera estaba toda despeinada. Y en sus inusuales ojos amarillos se notaba el desconcierto. La mujer al lado de Brand dejó el círculo de Jedi para ir hasta donde estaba el niño y tomarlo en sus brazos. Lágrimas bajaron por su cara mientras miraba al niño con apasionado alivio. Ambos se fundieron en un abrazo.

—Oh, Espaa —dijo la mujer—, Lo hicimos… te salvamos. Espaa soy yo… Gensaa, tu madre.

—¿Madre? —dijo Espaa Pestage—. Tu eres mi madre! Pero… pensé que estabas muerta. ¿Cómo puede estar pasando esto?

—No hay muerte, hijo mio, hay Fuerza. Y aquí, ahora… eso es todo lo que importa. Nunca más te dejaré. Te lo prometo.

Espaa y su madre Gensaa se abrazaban mientras los demás Jedi, alegremente los veían.

* * *

—¿Estás seguro de que no recuerda nada? —preguntó Brand a Anakin.

—Su madre acaba de dar prueba de sus pensamientos. El no sabe acerca de quién solía ser. Todo lo que recuerda en su vida junto su padre después de que Gensaa muriera dándole a luz. Es un milagro, Gensaa es una extraordinaria curadora. Pienso que si no hubiese muerto, la vida de su hijo hubiese sido muy diferente. Así como también el destino de la galaxia. A veces me pregunto, Brand, ¿Tendrá la Fuerza control sobre nuestros destinos?De ser así, ¿Por qué permitirá que se acumule tanto dolor y maldad en un solo hombre, empezando con la muerte de su madre? ¿O es todo parte de un extraño error cósmico?

—¿Un error? De ser así lo hemos corregido aquí hoy. Y no solo gracias a Gensaa, esto no hubiese podido pasar sin la ayuda de Obi-Wan, de mi Maestro y por supuesto la tuya.

—En verdad lo usé de la misma forma en que él me usó a mí… —dijo Anakin con algo de remordimiento—, …no estoy orgulloso de ello, pero era necesario; y para mí fue una oportunidad de completar mi redención.

—Vosotros tres hicieron su trabajo perfectamente. Convencieron totalmente al Emperador con esa historia. En verdad esperaba destruirlos a vosotros. Incluso, por un momento pensé que así iba a ser.

—Lo conocía tan bien… —decía Anakin—, Eso era todo. Supe como sacar su carácter más profundo para poder manipularlo. Su miedo a vivir sin su poder. Paranoia. Su deseo de venganza. Él hizo el resto por sí mismo.

—Tal curación no había sido hecha jamás por los Jedi. Y solo se podía hacer aquí, donde cada una de nuestras formas puede cambiar, donde había un lugar hacia el cual enviar todo lo que sacamos de él para siempre. Aún estoy sorprendido acerca de lo que presencié. Ven conmigo Anakin, quiero ver los resultados por mí mismo.

Se aproximaron al pequeño grupo con algo de temor, pero la cálida mirada de Gensaa les dio la confianza suficiente para acercarse totalmente. Anakin estaba maravillado disfrutando el

espectáculo de ver a Gensaa junto con su hijo. Ambos tenían el mismo color de cabello.

Anakin se sentó junto al pensativo Yoda y notó la satisfacción en la mirada de su viejo Maestro Obi-Wan. Brand flotaba al otro lado, completando un pequeño semicírculo. Espaa miró a Anakin con una reservada expresión de saludo. Anakin se alivió al no detectar ninguna expresión de reconocimiento en la mirada del muchacho.

—Espaa —dijo Gensaa—, este es Anakin, un poderoso Jedi; su amigo Brand, también es un gran Jedi. Ellos serán tus maestros junto conmigo, Yoda y Obi-Wan. Juntos, te enseñaremos todo lo que necesitas saber acerca de la Fuerza, y prepararte para lo que te destina.

Espaa sonrió nerviosamente a los ahora conocidos. Entonces volteó y miró a su madre.

—Estoy muy feliz de tenerte de vuelta. Mi padre me contó todo acerca de ti. Él te extrañó mucho cuando te fuiste. Pero ahora… lo extraño a él. Quiero que esté aquí también. ¿Dónde está él madre? ¿Por qué no está aquí?

Gensaa sonrió tristemente, mientras salían más lágrimas de sus grandes ojos cafés.

—Yo también lo extraño, Espaa. Yo amé mucho a tu padre. Fue un buen hombre. Me alegra que lo recuerdes. Él te amó más que cualquiera en toda la galaxia. Estuvo a tu lado y te cuidó todos los días de su vida. Pero envejeció y murió. Tu padre no era como tu y como yo. Él no fue tocado ni llamado por la Fuerza para hacer cosas como nosotros. Cuando murió no fue a un lugar especial como este. Él se unió con Todos. Él forma parte de la Fuerza. Puedo sentirlo, siempre está conmigo. Te enseñaré a sentirlo también.

—¿Qué se supone que haga? —preguntó Espaa—, ¿Qué cosas especiales?

—Más allá de este mundo, Espaa, hay otros mundos. Llenos de Luz y Oscuridad. Tenemos muchas batallas que pelear y espíritus rotos que sanar. La Fuerza necesita trabajar a través de nosotros, para asegurarse de que el mal no destruya esos mundos. Nos necesita para sanarlos.

—¿Iremos todos? ¿Irás tu? ¿Irán mis maestros? —preguntó Espaa preocupado.

Gensaa acarició la cabellera del niño.

—No temas. Ya no necesitarás temer. No estarás solo. Yo estaré contigo así como también tus maestros.

—¿Pero a dónde vamos?

—Bueno, pasará mucho tiempo antes de que vayamos. Tenemos mucho que enseñarte antes. Algunos de los Jedi que viste, sí se irán. Se van porque hay lugares donde los necesitan.

—¿Cuándo lo sepa todo iremos?

—No sé si llegues a saberlo todo, Espaa. Pero sabrás lo que necesites saber. Y el Maestro Yoda me dijo que esperaremos…, … esperaremos a alguien importante. Creo que esa persona estará aquí cuando tu entrenamiento haya acabado. Por ahora, esa persona tiene algo muy importante que hacer en un lugar llamado Yavín IV

—¿Quién es él? —pregunto Espaa—, ¿Estaré preparado?

—Lo estarás… —contestó Gensaa—, Ya tu lo conoces, solo que no lo recuerdas. Pero él te recordará a ti, creo; estará muy sorprendido de verte.